

# EL ARTISTA.

PERIODICO SEMANAL.

Número 1.º

REVISTA ENCICLOPÉDICA.

7 de febrero de 1847.



ARGA herencia de males y disturbios nos ha dejado el año que pasó. En los últimos meses todo fué revueltas, enconos, desolacion y espantosa miseria. —Las naciones mas poderosas de la Europa occidental recelosas entre sí, divididas profundamente y casi en abierta hostilidad:

Portugal devorado por la anarquía, vacilante el trono. En el Norte ocupado el último rincón, el corazón de la que fué Polonia, por el mas vil de los tratos. Alemania conmovida y reconcentrando su nacionalidad cual si temiera ver invadidos sus valles por los ejércitos rusos acampados en las bocas de los rios y en las llanuras polacas de la frontera: Prusia deseosa de tomar por sí la constitucion que el trono le negaba: Suiza dividida en bandos religiosos y políticos: y el hambre arrastrando su segur por Flandes, por los Ducados de la confederacion, por los Estados de Italia, por el Norte de Francia, y asentando sus dominios en los pantanos de Irlanda, en las montañas de Escocia, en las islas Feroës, en las entrañas del Reino Unido.

TOMO I.

No era solo en Europa.—Los árabes disputan su independencia en los arenales de Africa, los ingleses pelean en el Congo, la metralla silva en las costas de Madagascar.—La peste sembraba de cadáveres la Persia, los cosacos y los kalmucos enrojecian las peñas del Cáucaso, los kurdos las del Líbano, y retumbaba el cañon en los valles inmensos del Ganges, y crecía la matanza en las costas del coral que pueblan los chinos.—La oceania era teatro de combates parciales.—La perla del golfo mejicano, Cuba, arrasada por un huracan terrible como el aliento de Dios: el continente americano en fin, ardia con la guerra civil, con los combates de la Union deseosa de absorber todos los estados de la raza española.—Parecia que habia llegado una hora fatal, para los siglos del mundo, porque llovió sangre como en la muerte de Julio Cesar.

El triunfo de Leverrier, que con los ojos de la estática celeste, vió un planeta mas en el inmenso vacío de los cielos y descubrió un brillante nuevo en la radiante corona del sistema planetario, la pólvora de algodón que se disputan alemanes y franceses, y cuya importancia va desapareciendo: y el éter aplicado á evitar el dolor en las operaciones

1

quirúrgicas por un médico norte-americano, son invenciones, que si bien merecen eterno renombre, no compensan tamañas desgracias.

El año de 1847 comienza con mejores auspicios.—La paz se estiende por la Europa. Ceden Inglaterra y Francia, se adoptan medidas para remedio de Irlanda, y todas las trabas del comercio de granos caen así en el continente como en el archipiélago británico. Escuadras enteras salen de Odesa y de los puertos del Báltico rebosando trigo. Nueva-Orleans envía sus harinas, y Africa el sobrante de sus dobles cosechas. España columbra nueva esperanza con el desenlace parlamentario de su larga y trabajada crisis: Portugal se calma, y los pretendientes que se llaman legitimistas, vacilan en sus principios, segura prueba de su impotencia, y se ven desamparados. El Norte se muestra menos tempestuoso, Prusia se constituye al fin, y Suecia desafía á la Rusia, recordando la glorias de Gustavo. Se abren las cámaras en Madrid, en Londres, en París, en Sajonia, en Bélgica, en Atenas y en las occidentales playas de Washington, y depuestos los enconos se piensa en reparar los estragos del hambre, en acabar la guerra. Cuba espera abundante cosecha en las llanuras del interior y las empresas y las sociedades se desarrollan emprendiendo negocios útiles y beneficiosos. Roma tolerante desde la exaltacion de Pio IX, tiende su mano á la católica España, y entra ella misma en el camino de la reformas.

Para los especuladores el horizonte está tempestuoso. En todas las lonjas y Bolsas estrangeras hay desaliento. En París escasea mucho el dinero, en Madrid y aun en Londres.

En el pasado mes de enero no se han mostrado muy fecundas la literatura y las artes en el exterior. En Inglaterra se habla mucho de *EL COMBATE DE LA VIDA* de Cárlos Dickens, novelista tan popular como Walter-Scott; y antes que se comenzase la traduccion francesa, ya se habian vendido veinte y tres mil ejemplares. Tambien se anuncian grandes novedades musicales. La compañía del Teatro Real será la primera de Europa: entre los cantantes se cuentan la Castellán, Jenhy Lind, Madama Montenegro, y la signora Vietti; el tenor Gardoni, los dos Lablache, Frascini, el baritono Superchi, Coletti, Corelli, Herstauidigl y Borella. El baile tiene entre sus partes principales, á la Carlota Grisi, á la

Cerito, á Lucila Grahm, y probablemente á la Taglioni, que estrenarán *LA CONSTELACION*, gran baile de muy difíciles pasos.—Los *BANDOLEROS* de Schiler por Verdi, y *LA TEMPESTAD* de Shakespeare, música de Mendelscohn-Bartholdv, se cantarán en la primera estacion y el mismo Meyerbeer vendrá á ensayar su partitura *EL CAMPO DE SILESIA*.

En París con los conciertos y los bailes apenas recuerdan lo porvenir. Han visto sin embargo la luz pública algunas obras importantes y se anuncian buenas cosas para la próxima estacion. Entre los libros puede citarse el segundo tomo de la *HISTORIA DE LA FILOSOFÍA EN FRANCIA, EN EL SIGLO XVIII* por Damiron, y la del segundo tomo de la *Filosofía en la edad media* del duque de Caraman. Dícese que Ponsard compone una tragedia para Mademoiselle Rachel, y que el espiritual Julio Janin dará pronto á la prensa algunos bellísimos trozos de crítica.

Mas activa se muestra nuestra patria á pesar del universal desaliento. *LA PUBLICIDAD Y LA ILUSTRACION* comienzan á dar señales de vida: la una tiene en prensa algunas obras del Sr. Pacheco, y organiza el proyecto de una galería dramática rival de *Talia*, la otra está concluyendo las obras pendientes del Sr. Boix y del Sr. Sagasti.—Otras sociedades se anuncian con el mismo objeto literario-tipográfico.

El Sr. D. Federico Madrazo tan conocedor en las artes como distinguido escritor, se ocupa de una historia de la pintura en el siglo XVIII. Zorrilla tiene casi concluido el primer tomo de su poema oriental. Lafuente Alcántara terminará pronto su bellísima *Historia de Granada*, Rubí escribe una novela y da fin á una de sus ingeniosas comedias.

En el teatro no es menor el movimiento. *DON FERNANDO DE ANTEQUERA*, de Vega; *EL QUE MENOS CORRE VUELA*, de Valladares y Doncel; *EL REY Y LOS FAVORITOS*, de Zorrilla; *EL CORONEL Y EL TAMBOR*, de Olona (D. Luis); *EL GABAN DEL REY*, de Asquerino (D. Eduardo) y Larrañaga; *LO QUE ES EL MUNDO!* de Asquerino (D. Eusebio); y otras obras del laborioso Ariza, de Tejado, de Diana, del Señor Franquelo y de Valladares y Saavedra, se han oido leer en varios círculos ó han sido anunciadas con notable encomio, algunas. Háblase tambien de óperas nuevas, españolas, de un teatro francés de Vaudeville, de un baile no visto en el

Circo, y de máscaras y grandes saraos en palacio y en los salones mas concurridos.....

¡Quiera el cielo que siga el año como ha principiado, aunque como consagrado á Venus, bañado con miel estará el borde del vaso y acibar será la pócima! No hagamos nosotros de agoreros siniestros, que aun no ha llegado la ceniza. Aguardemos confiados el fin de febrero para dar nueva cuenta á nuestros lectores de lo que en él haya sucedido.

J. Jimenez-Serrano.

A LA PREMATURA MUERTE DEL VIRTUOSO JOVEN  
Y EMINENTE ARTISTA

**DON LEONARDO ALENZA.**

**SONETO.**

Para el mortal, en cuya sien fulgura  
del genio creador la ardiente llama,  
tiene el mundo un laurel, clarín la fama,  
y mármoles y bronce la escultura.

Para premiar á la virtud oscura,  
flor que en la soledad su olor derrama,  
tiene el Padre comun su seno, que ama  
con inefable amor, que siempre dura.

Genio en tí, Alenza, con virtud se unia:  
consiguí tu pincel famoso hacerte:  
ya este mundo te dió cuanto podia.

Dios hoy te llama á su celeste gremio;  
pero es adelantársete la muerte  
anticipar á tu virtud el premio.

J. E. HARTZENBUSCH.

**DON JOSÉ ELBO,**

Pintor.

El recuerdo de Alenza trae consigo el de Elbo: ¡ambos eran especialidades, ambos se han malogrado en la flor de sus días! Debíó el uno su pobre nicho á la generosidad de sus amigos y el otro yace ignorado en el número 230 del cementerio de Fuencarral.—No queda mas memoria de entrambos que sus cuadros y sus apuntes! Afortunadamente el mundo no puede hácer que las obras del arte se posterguen ó desaparezcan.

Nació D. José Elbo el 26 de marzo de 1804 en Ubeda, ciudad insigne y renombrada por contar entre sus hijos á Rui Lopez Dávalos, privado de D. Juan II; á D. Francisco de los Lobos, secretario

del Emperador y á D. Sebastian de Córdoba, pagnirista de Boscan y Garcilaso. Desde niño mostró nuestro pintor grande afición á las artes, y sus padres como tenían escasas proporciones, le dedicaron al dibujo en casa de un digno discípulo de Orbaneja, que estropeaba cuadros y revocaba capillas en la ciudad y su comarca, con notable admiración de los devotos.

Apenas tenía siete años Elbo y ya trazaba con carbon el perfil de los frailes que hacían la cuestación por los pueblos, ó de los mendigos y gañanes. A esta época se refiere una anécdota curiosa de su vida. Jugaba con otros chicos en una plazuela sin cuidarse de lo que entonces pasaba por España (eran los años de 1814) y de pronto oyó gran tumulto en la ciudad y confuso estrépito de lamentos, tiros, redoble de tambores y choque de armas. Sus compañeros huyeron espantados y llorando. Elbo permaneció quieto despues de coger una piedra, aunque las balas y la metralla de las piezas de montaña pasaban sobre su infantil cabeza. «Ven hijo mío. ¿Que haces?» Le preguntó compasivo y asustado un robusto labrador que desde una ventana fronteriza dirigía vivísimo fuego contra los grupos de franceses. «Aguardo que esten mas cerca para tirarles esta piedra» respondió fieramente el muchacho. Con gran peligro, el buen hombre le recogió en su casa derramando lágrimas de ternura y de entusiasmo. A poco y á pesar de una heroica defensa la casa aquella fué invadida y muerto el salvador de Elbo con toda su familia. Treinta años despues el pintor retrataba en todas partes á este labrador y recordaba con todos sus detalles la casa, los muebles y la fisonomía de los bárbaros estrangeros que á su vista sacrificaron aquel valiente patriocio.

Algunos años pasados salió para Madrid en busca de fortuna, deseando arreglar sus conocimientos escasos y adquirir mayor perfección. Aquí sufrió muchas privaciones; pero estudiaba con un ardor febril. Aparicio le sacó de aquel estado llevándole á su obrador. Muchos días, algunos años pasó sepultado el joven en el palacio del Buen Retiro, trabajando mucho y ganando apenas para vivir con estrechez. Su carácter y su posición le hacían vivir retirado, y cuando sus amigos pretendían otra cosa, les contestaba.—«El buen paño en el arca se vende; si valgo que me busquen.» Pintando en los regios salones le colmó de elogios el viejo Cean Bermudez, y él se contentó con decir para sí.—¡A cuántos ha elogiado injustamente!

Comenzó la reacción, y salió á luz mas bien impulsado por los acontecimientos, que confiado en sí mismo. Al principio le persiguió la desgracia: El rey no le quiso mandar á Roma, porque había sido miliciano nacional. En desquite fué admitido poco despues en la Academia de S. Fernando.

Desde esta época comienza su apogeo: olvidó los retratos, que son en nuestros días el único asilo de la pintura, y estudiando como Goya los tipos nacionales se dedicó á retratar la naturaleza de su patria, riente, poética, riquísima en luces y en contrastes. Vestido de majo, á caballo, en trato con chalanes, toreros y gente cruda, dormía en las cimas de los montes para copiar temprano en su album el paisaje que á sus pies se estendía, bañado

con las tintas de la mañana. El amor de la gloria, el entusiasmo artístico le hacia olvidar todos sus padecimientos físicos, que ya comenzaban á ser penosos.

Sus cuadros de costumbres principiaron á ser apreciados por los extranjeros, gracias al duque de Osuna y al Embajador inglés; despues lo fueron de los españoles. Trabajaba sin cesar y su fibra de hierro se rindió. Su corazon sufrió muchos desengaños, probó muchas veces la copa de la amargura. Apenas salia para dirigirse al café del Príncipe, donde pasaba las altas horas de la noche. Con todo en el año de 1841 hizo un viage á la Alcarria y trajo un album riquísimo. Se restableció algo, pintó muchos cuadros y comenzó su obra maestra: la plaza de toros de Madrid en un dia de corrida. En 1842 se agravaron sus padecimientos y se marchó á Ubeda. Quería visitar á Granada y copiar vistas de Andalucía.

Su salud no volvía y se desesperaba repasando su album: habia allí asunto para cien cuadros. Desconfiaba de los médicos y quería saltar de la cama, y pintar y salir al camino de Granada que era su ensueño, mas le faltaban las fuerzas y se rendía, dejaba la gorra, se le caía el pincel y llorando se recostaba en su lecho, con el rostro vuelto á su caballete.

Al fin tuvo un rayo de esperanza y gozoso como un niño se metió entre una caravana de arrieros al rayar un hermoso dia. Iba á ver la Alhambra! A los cien pasos cayó de la caballería y quedó mortal.—«Me muero, dijo al volver en sí; que me lleven á Madrid, quiero despedirme de mis amigos.»

Rodeado de afectuosos cuidados llegó á esta villa y el soplo del Guadarrama apagó el débil fuego de su vida. En una calea se hacia llevar al café del Príncipe y asistió á su tertulia hasta el dia 2. Cayó la hoja y Elbo murió el 4 de noviembre de 1844. No habia cumplido 40 años! A la misma hora un huracan horrible devastaba la isla de Cuba.

Dejó su mejor cuadro á la Academia de San Fernando. Sus virtudes eran grandes: generoso como el que mas, facilitó sus apuntes á muchos que de ellas sacaron gran provecho; daba cuanto tenia, y pintó un cuadro para que se rifase cuando tuvo la desgracia de estar ciego.

Un joven muy apreciable, Don Manuel Muñoz Garnica ha escrito una novela en la cual es protagonista Elbo, y todos los aficionados buscan sus cuadros que juzgaremos otro dia, refiriendo tambien algunos de sus dichos sarcásticos y de las anécdotas de su vida de artista.

Antonio Esquivel.

### SONETO.

¡Cuán bella sale la naciente aurora,  
Del fresco seno de los claros mares!...  
¡Cuán bello el sol se inclina en los altares  
De la noche feliz que le enamora!...  
¡Cuán bella es la vespertina hora,  
Cuando al son de los rústicos cantares,

Vuelve el pastor á sus agrestes lares,  
Y lágrimas de amor la luna llora!...

¡Cuán bello el cielo azul baña en reposo  
A la luz de sus astros nuestra vida!...

¡Mas qué hallará que le parezca hermoso

El que guarda en el alma dolorida,

Que halló feo, y vacío, y mentiroso,

El corazon de una muger querida!...

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

### EL AMOR PLATONICO.

#### I.

«Lo que llamamos amor, dice Chateaubriand, es un sentimiento del cual ha ignorado la antigüedad hasta el nombre.» Sin embargo en la teogonía griega habia una Venus, madre del amor y de las gracias. Esta Diosa tenia dos esencias: era pura, luciente, eterna, celeste y se llamaba *Urania*; ó se recreaba con los bailes de las bacantes, con los juegos lascivos, con los besos y con las cortesanas, y tomaba el nombre de *Popular*.

Pero el sentimiento delicado que nos eleva hasta Dios y diviniza tambien la muger que entró rodeada de luz brillante por las puertas de nuestro corazon; el sentimiento íntimo, purísimo como el fuego, que establece la armonía entre los corazones, que derrama frescura sobre la flor de nuestra juventud y nos da vida y grandeza: el que en nosotros crea el deseo de la inmortalidad, la esperanza y el consuelo; que en las amarguras trae felicidad y contento, y gozo en la pena misma con que nos hiere; ese sentimiento tan grande como el vacío, pues nace de la voluntad, y la voluntad humana es la imagen de la eternidad, porque medirse no puede; esa efusion, ese éxtasis, ese océano de fuego, esa pasión hermana de la melancolía, que se nutre en la soledad como en las orgias ¿pudo ser desconocida de los antiguos, de los griegos sobre todo, padres de las ciencias y de las artes, tipos de lo bello y de lo grande?

Sin dudar podemos decir que solo adivinaron algunas almas privilegiadas una escasa claridad de tan brillante sol y que los poetas, como los filósofos y los pintores de la Grecia, nutridos con una civilización mas sensual, rodeados de un clima muelle y voluptuoso, inspirados por una religion toda de formas y material en sus teorías, como en los símbolos, se aficionaron tanto á la *Venus Popular*, que raras veces, casi nunca, tributaron culto á la pureza, á la Diosa celeste que moraba entre los astros.—Los latinos les siguieron en todo: el pueblo de Roma que dió sus costumbres, sus Dioses, su habla, su legislación al mundo, entonces conocido, siguió las huellas de la Grecia, así como los españoles del siglo XVI, aunque dominaban en ambos hemisferios, rendían culto á la Italia que gemía bajo el yugo de su poder.

Fabuloso parecerá, si los hechos no lo confirman, que en la culta Grecia, en esa península privilegiada donde tuvieron su palacio los héroes

mas bizarros de la poesía y de la filosofía, no se halla escrito un solo poema en que se encuentre el amor puro y delicado de los cristianos. Platon, dice, « todos los días se componen grandes discursos en prosa elogiando á Hércules y á otros semidioses menos famosos... He visto un libro en *elogio de la sal...* En una palabra, no hay nada que no tenga su panegírico ¿y como puede explicarse que nadie hasta ahora haya emprendido celebrar dignamente al amor, á pesar del ardor por alabarle todo, y que se haya quedado en olvido tan gran Dios? (1)

Píndaro cantó al vencedor en la carrera, al duro atleta, al diestro Hyeron que sin tocar en la meta, ligero, como el remolino del huracán, hacia girar, delanteros siempre, á los caballos alígeros que arrastraban su carro; Tirteo, en violentos dítirambos exaltó la gloria de los héroes que mueren sobre el escudo, con la espada roja de sangre; el estruendo de la pelea, el choque encontrado de las armas, el grito glorioso de la victoria, el fogoso entusiasmo del triunfador, cuyas sienes ciñen laureles y encina. Homero recreándose en las falanges, en el polvo y en la sangre de las batallas, apenas nombra al amor en sus inmortales libros, tal como hoy concebimos esta pasión.

Y si dejando los sublimes cantores de la oda y del poema, recorremos ligeramente los que con la risa en los labios y la copa entre sus dedos, modularon dulces versos en loor de los placeres; apenas encontraremos ligeros destellos del espiritualismo, que se halla en el mas adocenado de nuestros trovadores modernos. El agradable Teócrito, tiene tal colorido en sus bellísimos idilios que á penas pueden leerse sin rubor (2). Calimaco en sus elegías descubre siempre que consagraba sus versos á una cortesana. Bachilides ensalzó las lúbricas fiestas de Baco. La ternura de Bion en el Adonis parece nacida del amor maternal; Venus llora á un hijo, el mas hermoso entre todos, no siente como nuestros enamorados. Anacreon es el erótico poeta de la voluptuosa y corrompida corte del tirano de Samos, sus rimas son deliciosas y muelles como las campiñas y el cielo de la Jonia. Tan solo Safo tiene rasgos hijos del corazón y del mas profundo sentimiento: ¡era mujer! ¿cuál sin embargo de nuestras europeas se atreveria, si guarda pudor en su alma, á escribir algunas palabras de aquellos fragmentos, algunos pensamientos de aquellos cantares?

Por esta misma senda, material, impura, sembrada de hastio, siguieron los filosofos hasta que Platon hizo una verdadera revolucion elevando este sentimiento á una altura de todos desconocida. El filósofo de Atenas llevó otra vez á las regiones del cielo la pasión que los hombres habian arrastrado por el fango de la tierra. Es mas, dió su nombre á esta nueva manera de sentir que tan bien describió en su diálogo *el Banquete*.

Para este hombre, en cuya hermosa frente (1) depositó Dios uno de los mayores ingenios del mundo, no era este sentimiento una pasión vulgar, un deseo hermano del instinto, un apetito brutal, un movimiento de la carne, un fenómeno de la materia.

El amor, segun Platon, es la fuente del bien y de la virtud, de lo grande y de lo bello. Mil veces muere el amante antes que aparecer delante de su amada vestido con los negros colores del vicio, con la miseria de la pequeñez: cuando la mira, se agiganta, delante de ella es un héroe. Los Dioses mismos respetan á los enamorados, y por eso dejaron que Orfeo saliese del infierno. El amante adora á Dios en su amada, pues la cree divina. Todos por ellos se interesan aunque contemplan sin entusiasmo los actos del ambicioso y del avaro.

Este sentimiento imperioso es tambien el padre del mundo, es la armonía que entre todo lo criado existe, es la sola unidad que todo lo acerca, todo lo compone, música de una lira que todo lo temple. Reparte mas beneficios que todos los Dioses, cura los males del alma. Como manantial de lo bello, solo anhela y se aficiona á la belleza do quiera que la encuentra, en el alma, ó en el cuerpo; y es tan delicado que se anida en el corazón y huye de los que estan endurecidos. Vive entre flores y por eso viste de galas los pensamientos que inspira; sutil como la luz, entra donde no cabe el viento. Muy dura es su ley y la sufrimos con gusto: vence las pasiones, los instintos mas poderosos, hace adivinos á los que no saben lo presente, ni lo pasado, convierte en artista al mas torpe artesano. Solo el amor puede dar:

« Paz á los hombres, calma á los mares, silencio al viento, sueño y descanso al dolor.—El iguala á los hombres como si fuesen de un país, como si hablasen una lengua misma: vínculo de la sociedad preside los sacrificios, los coros, las fiestas. Pule la rudeza, derrama dulzura: es pródigo de bienes y avaro de odios. Propicio á los buenos, admiración de los sabios, agradable á los Dioses, deseado por los que no lo abrigán en su seno, tesoro precioso para los amantes, padre del lujo, de las delicias, de la voluptuosidad, de los dulces encantos, de los deseos tiernos, de las pasiones; vela sobre los buenos y persigue á los malos. En las penas, en los temores, en los pesares es nuestro consejero, nuestro apoyo, nuestro guía, nuestro salvador. En fin la gloria de los dioses y de los hombres, el dueño de lo hermoso y de lo mejor, y todos deben seguirle cantando en su loor los himnos que modula para dar la dulzura á los Dioses y á los hombres.»

Reside en nuestra alma como el elevado sentimiento de lo justo y de lo verdadero. Infunde en nosotros el deseo de la inmortalidad: queremos que nuestra raza llegue hasta la consumación de los siglos, y creemos que nos reproducimos en nuestros descendientes.

(1) *Diálogos*.

(2) El quinto sobre todo, se encuentra íntegro en pocas ediciones, porque los traductores no se han atrevido á expresar en nuestras lenguas europeas tan desembozados pensamientos y tan impúdicas frases.

(1) Platon se llamaba Aristocles, y tomó el nombre de Platon por la hermosura y buena disposición de su cuerpo, y segun otros por su bien desarrollada frente.

*Diógenes Laercio.*

Estas son en resúmen las opiniones de Platon sobre el amor; quien así concebía esta pasión, quien con tanta elocuencia se expresaba, bien merece el nombre de Príncipe de los filósofos. Este sentimiento que describe es la aurora del amor ardiente, como el fuego de Dios, purísimo como su esencia, que después creó el cristianismo: no es sin embargo mas que la aurora. Platon no consagra una sola línea á la muger! La razon, la justa severidad de nuestras creencias y de nuestras costumbres, no permiten que nos detengamos en reflexiones sobre este punto, ni que juzguemos pasiones desnaturalizadas.

En otro artículo determinaremos el cambio que sufrió el amor con el cristianismo, y tendremos ocasion de observar cuánto mas vale el sentimiento descrito por San Agustin, por San Bernardo y Santa Teresa, que todo cuanto arriba hemos citado sobre el AMOR PLATÓNICO.

J. Jimenez-Serrano.

### EL PROSCRIPTO.

Sobre la tendida alfombra  
de la vega solitaria,  
que rosas de Jericó  
guarnecen, bordan y esmaltan,

La cima de un montecillo  
descuella erguida y galana  
con su corona de flores  
y su manto de esmeralda,

Como el pino que, orgulloso  
de sus poderosas ramas,  
entre el bosque de sabinas  
la verde copa levanta.

Por las auras de la vega  
blandamente acariciada,  
gallarda como ella sola  
hay en el monte una palma,

Cuyas verdinegras hojas,  
corbas, duras y afiladas,  
parecen, vistas de lejos,  
damasquinas cimitarras.

A su sombra, y apoyado  
en la poderosa lanza,  
háy un guerrero, mancebo,  
y de la raza africana.

El turbante abencerrage,  
signo de noble prosapia,  
entre cendales azules  
ciñe su frente tostada.

Que es buen guerrero publican  
sus mejillas abrasadas  
por el sol del mediodia  
y el polvo de las batallas.

Y allí está solo, y rendido  
al peso de su desgracia,  
y como un niño sin madre  
llora lágrimas del alma.

¡Ay! á través de ese llanto  
que sus tristes ojos baña  
vé de lejos á Antequera,  
y es Antequera su patria.

Y mira los arrayanes,  
á cuya sombra adorada  
sintió del amor primero  
en su corazon la llama.

Y sin apartar sus ojos  
de la ciudad encantada,  
así le dice, y suspira  
entre lágrimas amargas:

«¡Antequera, que pareces  
con tus torres y tus casas  
de mirtos y limoneros  
y macetas coronadas,

«Descollando sobre el rojo  
búcaro de tus murallas,  
un canastillo de flores  
azules, rojas y blancas!

«¡Reina feliz de la sierra!  
¡trono de hermosura y gracia!  
¡de la abrasada Salem  
tienda en los campos plantada!

«¡La besada por los rios!  
¡la de nubes de oro y grana  
entre celages de fuego  
noblemente coronada!

«De tus huertos los aromas  
te lleva el viento en sus alas;  
las peñas en su ladera  
te ofrecen mullida cama:

«Y hasta en las quiebras del monte  
para tí brotan y saltan  
ricos cordones de flores  
que hasta tu cintura bajan.

«¡Sombra amiga en el desierto!  
¡anchó puerto en la borrasca!  
¡para el que sediento llega  
arroyo de limpias aguas!

«¡Patria mia, donde un tiempo  
mi dulce sueño arrullaban  
la voz de tus arroyuelos  
y el susurro de tus palmas!

«Donde, al volver victorioso  
de las huestes castellanas,  
en las miradas de un ángel  
mi mejor premio encontraba;

«Que en mi corazon caían  
dulces, amorosas, blandas,

como el matinal rocío  
sobre la rosa encarnada!

«¡Alá te guarde, Antequera,  
del cristiano y de sus armas,  
y tal sea tu fortuna  
como es grande mi desgracia!

«¡A Dios, jardín de la vega;  
á Dios, rival de Granada;  
á Dios, quizá para siempre,  
á Dios, Patria de mi alma!»

Calló el moro; y lastimero  
el eco de la montaña  
repitió el triste quejido  
de sus últimas palabras.

—Poco despues, á lo lejos,  
se vió una ráfaga blanca  
cruzando los olivares  
y hundirse en una cañada;

Era el alquicel turquesco  
del moro que se alejaba,  
tendido á todo el escape  
de su yegua jerezana.

Madrid-Enero-1847.

J. Romca.

## EL BARBERO DE UN VALIDO.

(\*)

CRONICA DEL SIGLO XV.

I.

### MAESE BLAS.

1481.

*Si Deus pro nobis, quis contra nos?*  
Divisa de D. Juan II. de Portugal.

—«Nó! que el rey sabrá cortarles los vuelos, Don Juan II no es D. Alfonso V.»

—«En buenas nos metió el hijo de D. Duarte, que santa gloria haya; mas había nacido él para caballero andante que para rey. Allá le teneis descansando de sus lides en el monasterio de *Batalla*, y aguardando inmóvil el día de la resurreccion general.»

Así decían dos procuradores á Cortes, uno por cierta ciudad, y otro por cierta villa de Portugal, en una sala baja de Evora, morada de maese Blas, barbero de la corte, donde le aguardaban para que los rapara y afeitase. Estaba fuera el maese; y tanta era la prisa, que así el barbero como sus dos mancebos habían desamparado la tienda, dejando á cargo de una vieja esclava mora el cuidado de guardarla, y entretener á los parroquianos que fuesen llegando.

(\*) Vamos á narrar de la mejor manera que Dios nos dé á entender los principales hechos de la vida de un rey que ha sido sin disputa uno de los hombres mas notables que Portugal ha visto nacer.

Don Juan II de Portugal, á quien la historia ha consagrado el título de *perfecto* que le fué dispensado por el pueblo, siguió las huellas de su contemporáneo Luis XI de Francia, como facilmente puede verse comparando muchos sucesos de la historia del reinado de estos dos principes. Ambos humillaron el poder de los grandes, ambos se mostraron afables y se familiarizaron con el pueblo, ambos hicieron inmensos servicios á su patria; pero el rey de Francia tuvo todos los vicios de un malvado, mientras que D. Juan II no tuvo sino los vicios de su época.

La buena de la vieja al paso que hilaba la porcion de lana que su ama, la dignísima consorte de maese Blas, le había destinado, procuraba por todos los medios imaginables que los parroquianos no la abandonasen. Este celo nacia de muy poderosos motivos: hacia ya mucho tiempo que ni un tasajo de cabrito, comida vulgar de aquel tiempo, había atravesado por entre sus desgarnecidas mandíbulas. La prohibicion del rey meses atras, para que ninguno se rapase el pelo ni afeitase las barbas, había puesto *in extremis* la noble profesion de maese Blas; y este fatal suceso iba transformando á la pobre vieja en esqueleto.

—«Maese Blas no puede tardar; y dado caso que él no viniere, vendrán sin falta Vicente ó Antonio; y no sé si os diga que cualquiera de ellos es mas consumado barbero que mi propio señor.»—Hablando de esta suerte la mora, miraba, no sin inquietud, hácia dentro, y tiraba con ahinco de las barbas de la rueca.

Los dos procuradores, forasteros en Evora, que ya habían entrado en otra tienda de barbero, de la cual salieron hartos de esperar, determinaron permanecer en aquella, hasta que maese Blas ó alguno de sus mancebos llegasen; y para matar el tiempo habían trabado la conversacion que al principio empezáramos á transcribir.

—«Aguardemos pues: prosiguió uno de los procuradores. ya que es fuerza esperar.»

—«Sí, replicó el otro: moro que no pudieres haber, dalo por amor de Dios.»

—«Así es el mundo, añadió el primero: aun no ha mucho que todos nosotros hemos visto al actual rey bajar del trono, y pasar de rey á principe, cuando su padre D. Alfonso V viniendo de Francia desembarcó en Cascaes.»—

—«Por señas que en el mismo día salió para Roma el cardenal D. Jorge de la Costa.»

—«Tal he oído decir; y por cierto que no atino con la causa de tan repentina marcha: salvo que el cardenal hubiese ido á impetrar del Santo Padre alguna bula.»

—«¡Qué bula! nada de eso. D. Jorge de la Costa es muy solapado y astuto; y como dice el adagio, no quiso habérselas con justicia nueva. El caso fué otro. Hallábase paseando por la ribera del Tajo con el principe D. Juan, rey entonces en el nombre y ahora de hecho, y con el duque de Braganza, vino á ellos corriendo un mensajero y les anunció la llegada del rey D. Alfonso V.—¿Qué haremos ahora? preguntó D. Juan.—«Salir al encuentro de vuestro señor y padre, repuso el duque, y entregarle el gobierno de sus reinos.»—Don Juan no replicó palabra; pero bajóse á coger un guijarro de la playa, y le arrojó con fuerza al mar; el guijarro fué dando saltos por cima del agua hasta que se sumergió.

—«Pero qué tiene que ver esa historia con el cardenal?»—Interrumpió impaciente el otro interlocutor.

—«Voy á deciroslo. Apenas vió el cardenal lo que el rey acababa de hacer, se volvió hácia el duque y demas señores que cerca de él estaban, diciéndoles:—«A fé que el tal guijarro no me dará á mí en la cabeza—y sin esperar mas, se puso seguidamente en camino para Roma.»

Aquí llegaban, cuando vieron entrar por la puerta al propio maese Blas en persona. Era este, un hombre bajo y regordete, de nariz pequeña, ojos vivos y penetrantes, piernas arqueadas, y pies de una longitud prodigiosa. Traía una ropilla de color incierto; no porque no le hubiese tenido fijo y permanente, sino porque el transcurso del tiempo la había hecho de cambiantes; de tal suerte, que en conciencia no se podia decir qué color tenia. El birrete era de terciopelo, y así éste como los borceguies, negros: las calzas de paño amarillo con golpes y forro de tela encarnada.

—«Buenas tardes nos dé Dios, señores; dijo maese Blas echando mano al birrete. Perdonénme si les hice esperar algunos credos. Vengo de palacio, donde acabo de rasurar y cortar el cabello á Anton de Faria y...»

—«El camarero del rey?»—Esclamó uno de los procuradores.

—«Y su privado;—repuso el barbero, en tono de confianza; pero con tal voz que bien pudiera ser oída á cincuenta pasos. Si señores: privado del rey. Ese es hombre del pueblo, es acá, de los nuestros. Con D. Juan irán las cosas mejor que con D. Alfonso; los validos de éste eran grandes; el pueblo, segun él, solo había nacido para ser despreciado, y sufrir sin que le fuera permitido quejarse. Hasta despues de muerto nos humilló S. A.; que Dios haya; seis meses se han llevado enmoheciéndose mis navajas y tijeras. No ha sido poca fortuna que por fin el rey haya mandado que se puedan las gentes rasurar y cortar los cabellos para la convocacion de las cortes.» Diciendo esto preparaba las navajas y se disponia á dar pruebas de su pasmosa habilidad en el oficio.

Pero atájole el discurso, que llevaba trazas de no acabar tan

pronto, el vulto de un hombre embozado, que metiéndose puertas adentro, vino á arrellanarse en la silla destinada á los pacientes que llegaban á caer en las garras de maese Blas.—Luego que se hubo desembozado el recién venido, dijo al barbero con voz de autoridad.

—«Maese Blas, rasuradme cuanto antes la barba, y rapadme el pelo, que tengo negocios que ventilar y pocos deseos y menos costumbre de esperar por las cosas.»

El maese se volvió á mirarle y vió en su aspecto y ademanes que era hombre de aquellos que estaban habituados á no escuchar réplicas de pecheros, era un noble. Encojióse de hombros haciendo un visage á los dos procuradores; y en aquel encogimiento de hombros, y en aquel visage, hizo un discurso que los otros entendieron perfectamente, y al cual contestaron en la misma forma.

Era el intruso parroquiano, un hombre de treinta y dos á treinta y tres años, de alta estatura, fornido; y sus musculosos miembros denotaban una fuerza descomunal. Por debajo de la abertura de la ropilla veíase brillar el templado acero de un armés, como de quien andaba prevenido contra cualquier súbito acometimiento. Pendiale del lado una larga espada, y del cinto un puñal.

Maese Blas, ansioso de verse libre de tan inesperado y testarudo huésped, hacía cuanto podía por despacharlo; pero un esguince de la navaja, ó mejor diremos, de la mano que la movía, arrancó de repente un grito al caballero.

—«Por mi espada!—Si otro chirlo me dais, juro que tal he de haceros yo, que os enseñe á tener menos pesada la mano.»—

El barbero quiso contestar disculpándose con el tamaño de las barbas; pero el caballero sin dar tiempo á la respuesta, le hizo seña con la mano que tratase de acabar la obra, y esto bastó para que el maestro continuase su faena sin volver á despegar los labios.

Miráronse uno á otro los dos procuradores, y en aquella mirada se hicieron un discurso mucho más largo y elocuente, que el primero que el barbero les hiciera encogiéndose de hombros y arrugando el entrecejo.

Maese Blas acabó por fin su tarea. No fué sin trabajo; la amenaza del caballero había tenido el poder maravilloso de librar su cara de un segundo chirlo, que el maestro tenía tal vez intención de pegarle, para desquitarse de la osadía con que había entrado en su tienda. El miedo guarda la viña; y el tal guardador salvó la cara del caballero, mejor quizá que se la hubiera preservado una bien templada visera de Milan en encuentro de moros.

—«Gracias á Dios que se fué»—esclamó el barbero apenas le vió volver las espaldas y fuera del umbral de la puerta. Sin haberse recobrado del susto; y sin reparar en qué clase de moneda le había pagado el caballero, metiósele en el bolsillo, y añadió.

—«Ahora, vuestras mercedes, señores.»

Y empezó á afeitar á uno de los dos que esperaban su turno de rasura.

—«¿Quién es este Cid Campeador que de tan descortés modo entró y salió? preguntó uno de los procuradores.

—«¿Quién?»—replicó el maestro.—«Es un caballero de la casa del conde de Taran, hermano del duque de Braganza. Como este son todos los de su servicio y casa. Ensoberbecidos con la privanza que el señor y sus hermanos tenían con el rey difunto, nos tratan siempre por el estilo—á nosotros los pecheros—como si fuéramos moros ó judíos.»

—«Atrás viene quien les ha de bajar la soberbia (dijo el que dirigió la pregunta) con la fórmula del juramento de pleitesía y homenaje. Ya verán esos señores que D. Juan II no es D. Alfonso V.»

—«Si por cierto: replicó maese Blas; pero según he oído decir, los grandes prelados y señores, no están de ánimo de saberlo.»

—«Y qué remedio tienen? añadió el que estaba entre las manos del maestro, y que ya empezaba á revelarse contra las desolladuras que le hacía la navaja, trasformada en sierra, merced á las infinitas mellas que sacó de la áspera barba del caballero.»

—«Que no sea yo por más tiempo el barbero de la corte—interrumpió maese Blas—si no hemos de ver en ella dentro de poco grandes novedades. Dícese por ahí, y en palacio lo oí no ha mucho—prosiguió bajando la voz contra su costumbre que era hablar en secreto de modo que todos lo oyeran—dícese que uno de los capítulos de las villas y ciudades del reino, consiste en pedir al rey corregidores que vayan á las tierras de los donatarios de la corona á inquirir sobre las violencias que los señores cometen contra los vasallos, y corregirlas.

—«¿Y qué más oísteis?»—«¿Será despachado ese capítulo?» preguntó uno de los procuradores.

—«¡Vaya si lo será!—respondió el barbero, tomando cierto aire de gravedad, que contrastaba ridículamente con su figura—Anton de Faria lo ha jurado: ha de bajar los humos á los grandes. El valido no es hombre que desista de lo que una vez se ha

propuesto: los fieros y desprecios de los hidálgos no han caído en saco roto. Tenemos mucho que ver.

Y maese Blas decía la verdad. Una lucha mortal, tremenda, estaba á punto de estallar entre el rey y los nobles; entre el absolutismo y el feudalismo.

D. Juan II de Portugal, intentaba, como su contemporáneo Luis XI de Francia, dar el último golpe al poder carcomido y vacilante de los grandes vasallos de la corona. El pueblo, cansado de sufrir la opresión de una caterva de tiranuelos, apinábase en torno del trono real y le ofrecía su fuerza, que empezaba ya á conocer.

El resultado no podía ser dudoso.

Este resultado es el que había previsto el cardenal D. Jorge de la Costa cuando decidió retirarse á Roma.

Restábase á los nobles la más bella porción de la herencia que recibieron de sus antepasados, las ideas generosas de la caballería.

Esa herencia era la que debía perderlos.

Peleábase en el campo de la política, no en la estacada de los duelos; y las armas de esta liza consistían, no en el escudo y la lanza, sino en la astucia y el disimulo.

D. Juan II y sus consejeros debían, en tal estado de cosas, contar con la mejor parte, y con recoger el premio ensangrentado del combate.

(Se continuará)

Isidoro Gil.

## REVISTA DE LA SEMANA.

FIESTAS.—LOS MISTERIOS DE PARIS.—EL CORREGIDOR DE MADRID.—ESPERANZAS.

Más que nunca lucidos y frecuentes han sido los saraos este invierno. En palacio, el carnaval ha comenzado en el mes de enero, como en Venecia y en Roma se acostumbra. Los magníficos salones de la casa de los Reyes de Castilla, llenos de nobles y de altos empleados, vestidos según la pintoresca usanza de las provincias de España, y presididos por la Augusta desposada radiante de juventud, de belleza y de alegría, recordaban las galantes fiestas de la poética corte de Felipe IV.—La Señora condesa de Montijo ha celebrado un festejo de familia, rodeada de sus amigos, y como siempre, todo era allí aristocrática elegancia y buen gusto.

Los teatros, nada nos han ofrecido de nuevo.—*Los misterios de Paris* no merecen los honores de la crítica, y apenas se nombrarían en *el Artista* si no reclamase la justicia un elogio al Sr. Abrial que ha sabido amenizar con sus decoraciones tan pesado dislate.—El teatro de la Cruz siendo el más antiguo de la Corte, gozando de justas consideraciones, deja profanar su escena con los sueños de Macallister y con los abortos de la *Porte Saint Martin! Auri sacra fames!*

*El Corregidor de Madrid*, también traducida y con acierto, por el Sr. Navarrete, es al fin una comedia entretenida, llena de lances y no escasa de chistes.—*Entre merced y señoría*, juguete cómico original, en un acto, de autor desconocido, pasó para nunca más volver y fué legado al hondo panteón del olvido.—*La Muda de Portici* se estará cantando mientras escribimos estas líneas.

Para la próxima semana se esperan saraos, bailes de máscaras en el Liceo, y comedias nuevas.—Ahora reina esa calma que precede á las tormentas y á las descargas de fila. Fortuna nos dé Dios en las fiestas, y humor y felicidad para contarlas agradablemente á nuestros lectores.

JOSÉ GIMENEZ-SERRANO.

Imprenta de Alhambra y Comp., calle del Burro, núm. 4.